
Austria en la Europa de hoy

*Wolfgang Schallenberg**

Sobre todo quisiera expresarles a los representantes del prestigioso Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos (IMRED), mi más sincera gratitud por la invitación y sus amables palabras de introducción. Es un gran placer para mí poder estar hoy aquí en este Instituto, bien conocido en Austria. Una institución con la cual la Academia Diplomática de Austria mantiene desde hace años contactos periódicos a través de los encuentros anuales de los directores. Este último encuentro tuvo lugar hace poco, en el mes de septiembre del año pasado, en México. Cabe mencionar al respecto que actualmente tenemos también un estudiante mexicano, quien participa en el 28 curso (1991-1993), de la Academia Diplomática de Viena.

Esta visita a México, que tengo el honor de realizar en representación del ministro de Asuntos Exteriores de Austria, es un motivo de especial satisfacción y placer. Por un lado, en mi facultad de secretario general de Asuntos Exteriores, porque con ello se subrayará la alta calidad de las tradicionales relaciones amistosas que unen a Austria con México, así como nuestra intención de seguir profundizándolas. Por otro lado, dado que he pasado en América Latina varios años de mi carrera diplomática, y a que en el ámbito emocional me unen sentimientos de solidaridad, de simpatía y, en particular, también de admiración, sobre todo por los múltiples logros culturales de esta región. Guardo asimismo un grato recuerdo de la hospitalidad mexicana durante mi última estancia en el mes de marzo de 1985, cuando, a la cabeza de la delegación austriaca, participé en las negociaciones en el marco de la II Reunión de la Comisión Mixta Austromexicana para Asuntos Culturales.

Para una mejor comprensión del tema actual que elegí para mi ponencia sobre "Austria en la Europa de hoy", me parece útil presentarles, a título de introducción, una breve retrospectiva histórica. Austria, hoy día un pequeño país en el centro de Europa, en su pasado —si queremos concentrarnos en el último milenio— participó plenamente en las vicisitudes de la historia de aquel

* Embajador y secretario general de Asuntos Exteriores de Austria.

continente. Primero como país fronterizo al sureste del Sacro Imperio, se convirtió en forma paulatina en la gran potencia estrechamente ligada con el poder dinástico de los Habsburgo que duró más de seis siglos —la era de Carlos V, en cuyo imperio nunca se puso el sol representa un apogeo ya muy remoto en la historia de Austria. Más tarde, la repentina desmembración, la caída a consecuencia de la primera guerra mundial; luego, la lucha por sobrevivir de la "pequeña" Austria republicana, la agonía y el ocaso de aquella primera república después de la invasión de las tropas de la Alemania nacionalsocialista en marzo de 1938 y, finalmente, la resurrección de la República de Austria enseguida de la segunda guerra mundial.

En nuestros días, Austria acepta plenamente su régimen republicano y no añora el imperio perdido hace mucho tiempo. A la vez, la convivencia secular en el marco de un Estado de muchas naciones y pueblos ha marcado el ambiente familiar de muchos austriacos y su contemplación histórica de tal forma, que el diálogo y la voluntad de acercamiento, así como la aspiración a soluciones de compromiso para superar de modo pacífico los intereses opuestos, han ido convirtiéndose en una característica esencial de la idiosincrasia austriaca tanto en las relaciones hacia el interior —para crear y mantener estables relaciones sociales en una ordenada colectividad democrática pluralista— como en el desarrollo de las relaciones de Austria con la comunidad internacional universal.

En el marco de esta breve retrospectiva histórica, sin embargo, quisiera recordarles en particular que México, en un dramático momento de nuestra historia más reciente cuando Austria, después de la anexión militar de parte del régimen nacionalsocialista en Alemania, se vio degradada a ser víctima de una cruel dictadura, fue el único que en el seno de la Liga de las Naciones había levantado una protesta formal contra la ocupación de nuestro país. Nunca hemos olvidado ni olvidaremos este gesto de solidaridad, de parte de México, del 19 de marzo de 1938. Dos días después, el 21 de marzo, un grupo de austriacos residentes en México había expresado de forma elocuente la gratitud de una Austria amordazada por años, en un telegrama dirigido al presidente Lázaro Cárdenas:

Ciudadanos austriacos residentes México envían vuestra excelencia el sentimiento más profundo de gratitud por noble y gallarda gestión Liga Naciones Ginebra en favor y defensa soberanía libertad Austria, gestión que pone México lugar honor naciones defensoras civilización y paladín derecho internacional.

Recuerdan esta iniciativa, la "Plaza de México" en Viena, con su lápida conmemorativa, y el monumento en el "Jardín de Austria", en la Ciudad de México, dedicado en 1988 al pueblo mexicano por el gobierno austriaco.

De mis exposiciones podrán desprender también la importancia extraordinaria que atribuimos a la liberación de nuestro país en 1945, cuando en marzo

de aquel año las tropas soviéticas atravesaron la frontera al este del país, mientras ocurrió otro tanto con las tropas estadounidenses al oeste y con las británicas al sur.

Las cuatro potencias ocupantes aliadas —Francia se había unido a las tres ya mencionadas— en aquel entonces dividieron Austria en cuatro zonas y la capital en cuatro sectores, determinando los poderes del gobierno y del parlamento austriacos mediante un convenio de control.

La reconstrucción política después de la pesadilla de la segunda guerra mundial se realizó en un nuevo espíritu. La convicción de que la independencia de Austria sería una pauta persistente y vital para la estructuración de nuestro futuro, junto con la voluntad de conciliar las posiciones opuestas de las políticas partidistas, resultaron un elemento esencial para esta evolución. Los contrincantes políticos del pasado habían llegado a conocerse mejor y a respetarse mutuamente en los campos de concentración del *Reich* al igual que en los círculos de la resistencia austriaca. Se había consolidado el convencimiento de que Austria tendría que administrarse en el espíritu de la tolerancia democrática. Se creó una coalición para gobernar al país entre el partido socialdemócrata y el partido conservador-democrático-cristiano, coalición que, después de una larga interrupción, se ha restablecido y actualmente sigue existiendo.

Junto a la reconstrucción económica lograda con ayuda del Plan Marshall y del Programa de Reconstrucción Europea (ERP), el primer y primordial objetivo para el gobierno austriaco de la segunda república era recuperar la plena soberanía y la retirada de las fuerzas ocupantes del territorio austriaco.

Estos esfuerzos ocuparon 10 largos años, durante los cuales Austria negociaba el Tratado de Estado que restableciera su plena soberanía e independencia. Después de más de 300 sesiones, el ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética insinuó, en el mes de febrero de 1955, que su país estaría dispuesto a firmar este tratado. ¿Por qué precisamente en aquel momento?

Como sabemos en la actualidad, hubo varios motivos esenciales, entre ellos la muerte de Stalin en 1953, que abrieron el camino hacia una reorientación de la política exterior soviética sobre la base del principio de la coexistencia pacífica. Para Krushev, el Tratado de Estado fue la primera señal visible de esta nueva política que iba a disolver el equilibrio de fuerzas petrificado entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Ante la creación de las dos alianzas militares, la OTAN y el Pacto de Varsovia, así como la integración de la República Federal de Alemania en el sistema de defensa occidental, era en particular la Unión Soviética la que deseaba salir de la situación de enfrentamiento de la guerra fría que al fin y al cabo no había traído ninguna

ventaja para nadie. Había surgido una situación en la cual el respeto a los intereses de la otra parte estaba también hasta cierto grado en el interés propio. Esta situación se describió a veces con la alta estabilidad-alto riesgo, (*high risk-high stability*). Otro elemento esencial para la retirada de las tropas soviéticas del territorio austriaco, sin duda alguna, fue la disposición de Austria para aceptar la condición de la neutralidad perpetua. Esta decisión, cuya consecuencia fue la creación de una zona militarmente neutra desde Berna hasta Viena, desde el punto de vista soviético significó una traba para la logística y el plan de operaciones de la OTAN. Los aviones de dicha organización ya no podrían volar directamente desde Francfort a Verona sino tendrían que desviarse por Francia. Los aliados occidentales, hay que reconocerlo con un profundo sentimiento de gratitud, aceptaron estas enormes desventajas desde su punto de vista, en el interés del restablecimiento de una nación austriaca libre y democrática. Sin embargo, no ignoraban que Austria consideraba esta neutralidad puramente militar, que comprometió al Estado pero no a los ciudadanos en su modo de pensar. Tampoco ignoraban que la población austriaca compartía, sin reparos y sin ocultarlo, los valores ideológicos de la libre comunidad de los estados occidentales.

O sea, aceptar la neutralidad austriaca era también un medio político de seguridad para permitir que Austria recuperara su plena soberanía en la situación de la guerra fría. Era la respuesta a los desafíos de dicha guerra.

Hoy día, después de la histórica cumbre de la CSCE, celebrada en París, en otoño de 1990, a la cual tuve el honor de asistir entonces como embajador de Austria en Francia, y donde terminó formalmente la guerra fría, se dan condiciones totalmente distintas para la seguridad de nuestro país. El final del conflicto este-oeste, el hundimiento del Pacto de Varsovia y de la ideología comunista, que los había legitimado, originaron un cambio sustancial en el reparto del poder en el sistema internacional. El desmoronamiento de la Unión Soviética, pero asimismo la desintegración de Yugoslavia, han conducido a una situación totalmente cambiada. Alto riesgo y alta estabilidad fueron sustituidos por bajo riesgo y baja estabilidad. No obstante, para nosotros también el bajo riesgo significaba un peligro que en el interés de nuestra población y del destino del mundo no podíamos aceptar. Tenemos que buscar otras respuestas a nuestra necesidad de seguridad y a nuestro deseo de asegurar de modo perpetuo nuestra soberanía. ¿Cuáles serán éstas? Respuestas que llevan de la neutralidad a la solidaridad persiguiendo en una comunidad de valores globales la idea de la seguridad colectiva.

El centro de esta comunidad de valores en Europa lo constituye la Comunidad Europea.

A primera vista fue creada como una comunidad europea económica; sin embargo, la visión de sus fundadores era más amplia: mediante proyectos concretos de integración en los distintos países miembros y en sus ciudadanos se evolucionaría paulatinamente el sentimiento de una "solidaridad efectiva" impidiendo de una vez para siempre el circuito vicioso de las guerras fratricidas que se repetían siempre en Europa. Por tanto, la Comunidad Europea fue concebida como comunidad de paz en lo que ha tenido pleno éxito. En los 35 años de su existencia ningún país asociado ha disparado un solo tiro contra otro, ni siquiera proferido una amenaza. Ante este balance positivo que por supuesto se reflejó también en el ámbito económico, es comprensible que en nuestros días todos los estados al este y al oeste de la antigua línea de demarcación centren sus intereses en la CE. Lo mismo ocurre naturalmente en la EFTA, la zona europea de libre comercio.

Los siete países fundadores de esta organización formada en 1960, se han asociado entretanto a la CE o, al menos, han presentado la solicitud correspondiente, como lo hicieron Austria, Suecia, Finlandia y, más tarde, Noruega.

Austria se declaró dispuesta a aceptar todas las reglas ya en vigor de la Comunidad Europea, lo que se llama el *acquis communautaire*; además del contenido completo y de la finalidad del nuevo Tratado de Maastricht sobre la Unión Europea, incluyendo una política común exterior y de seguridad. La neutralidad de Austria no representa en la actualidad ningún obstáculo para un compromiso pleno en el futuro de la Europa democrática unida.

Debido a las estrechas relaciones, existentes hasta ahora entre la EFTA y la CE, y con la expectativa de que la admisión de nuevos miembros apoyara a la CE en sus esfuerzos para corresponder a los desafíos de los años noventa, el Consejo de Europa ha adoptado, finalmente, en su sesión celebrada el 11 y 12 de diciembre de 1992, en Edimburgo, Escocia, la decisión de iniciar las negociaciones correspondientes a la admisión de Austria, así como de Suecia y Finlandia. Dichas negociaciones comenzaron el 1 de febrero de 1993. Esperamos que terminen pronto y que mi país sea miembro de la Unión Europea en 1995.

¿Dónde se encuentra en el presente la CE después de haber experimentado un auge de calidad en el mes de diciembre de 1991 a través del Tratado de Maastricht sobre la Unión Europea? Es decir; el acuerdo de asociarse en una unión económica y monetaria y promocionar la unión política por medio de una política exterior y de seguridad común.

Esta decisión histórica fue puesta a prueba el año pasado. Hubo una crisis relacionada con la ratificación del Tratado de Maastricht que en el referéndum celebrado en Dinamarca fue rechazada con una escasa mayoría aunque en

Francia el voto positivo superó justo la barrera de 50%. En las turbulencias del sistema monetario europeo surgió el interrogante de si la Unión Europea dispondrá en efecto, lo más tardar en 1999, de una moneda única. Asimismo, surgieron fuertes discrepancias en la cuestión de la futura financiación de la Comunidad; además, la controversia con Estados Unidos sobre el capítulo de la agricultura en las negociaciones del GATT, produjo también tensiones en el seno de la CE.

Finalmente, en el referéndum celebrado en Suiza votaron en contra del Espacio Económico Europeo (EEE), cuya entrada en vigor estaba prevista para el 1 de enero de 1993.

El acuerdo sobre este espacio económico, firmado el 3 de mayo de 1992, en la ciudad de Porto, en Portugal, comprendería a los 12 países comunitarios más los siete de EFTA; Austria lo consideraba un útil paso intermedio hacia el ingreso de nuestro país a la Comunidad Europea. Abría el camino a la participación en el mercado único europeo y eso casi en las mismas condiciones que disfrutaban los países comunitarios; es decir, la libre circulación de mercancías, servicios, capital y personas —las llamadas cuatro libertades— sería garantizada en muchas áreas entre la CE y los demás miembros del EEE, igual que entre los mismos países comunitarios. Después del voto negativo de Suiza el acuerdo tendrá que ajustarse a la nueva situación.

La comparación con la zona del Tratado de Libre Comercio ilustrará la importancia del EEE. Las cifras son muy parecidas:

	TLC		EEE	
Población	369	millones	372	millones
Producto Nacional Bruto	6.139	"	6.306	"
Renta per cápita	17.000	"	18.200	"

Sin embargo, cabe mencionar que el TLC sólo puede compararse dentro de ciertos límites con el EEE, dado que este último contempla un amplio proyecto de integración.

Permítanme que vuelva sobre la cuestión del futuro desarrollo de la CE. El hecho de que la cumbre de Edimburgo se haya decidido, a pesar de las dificultades ya mencionadas, en favor de una ampliación, demuestra la confianza que tiene la Comunidad en la dinámica del proceso de integración que ha conllevado un bienestar económico, así como una estabilidad política y social, a la vez que en aquel entonces se descubrió una fórmula que satisficiera los deseos daneses, lo que permitió la entrada en vigor del Tratado de Maastricht.

Austria cree cumplir en lo esencial con la idea europeísta. Su potencia económica, su papel como futuro pagador neto para el presupuesto comunitario, sus fuertes convicciones europeas beneficiarán también a la Comunidad.

De este modo, por ejemplo, Austria satisface ya todos los requisitos contemplados en el Tratado de Maastricht para aquellos países que querrán participar en la última fase de la Unión Monetaria. Entre los actuales países comunitarios sólo los cumplen tres de los 12 asociados; a saber, Francia, Dinamarca y Luxemburgo.

Según lo expresado por la Comunidad Europea en su opinión oficial sobre nuestra solicitud de adhesión, las tradicionales relaciones de Austria en las áreas de la política, la economía y la cultura con las nuevas democracias en Europa Central y del Este, serán de gran interés para los demás países comunitarios.

Debido a los acontecimientos de los últimos años nos hemos dado cuenta de modo dramático de que existe una zona de cambios inesperados, incertidumbres difícilmente de calcular y conflictos trágicos en la vecindad inmediata de nuestras fronteras. La ex Yugoslavia constituye el ejemplo que afecta a Austria de forma más inmediata. Durante decenios habíamos tenido relaciones estables y amistosas con Belgrado. Por tanto, habíamos esperado que Yugoslavia sería capaz de solucionar la profunda crisis que estalló después de la muerte de Tito, mediante una reestructuración democrática del país. Lamentablemente, las cosas han tomado otro rumbo en aquel Estado multinacional, desaparecido mientras tanto. No se trataba de una evolución tan pacífica como la separación de los checos y eslovacos o como ocurrió la disolución de la Unión Soviética que, dentro de lo que cabe, se realizó con menos sacudidas. Las tensiones nacionales —si queremos simplificar la crisis yugoslava— no se han compensado en una controversia política sino que escalaron a una cruel guerra; era la decisión de los líderes en Belgrado. Como entretanto lo han constatado claramente todos los gremios internacionales, la responsabilidad principal la tiene el gobierno serbio. Después de la breve guerra en Eslovenia emprendió un ataque contra Croacia que terminó con un armisticio frágil y la ocupación de una tercera parte del territorio. Continuó luego con la agresión contra Bosnia y Herzegovina que nos depara a diario imágenes de horror indescriptibles.

Por desgracia, se ha demostrado que los medios de la diplomacia y de la política no bastan para lograr que el gobierno serbio esté dispuesto a ceder. El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, si bien después de mucha demora, ha adoptado dos docenas de resoluciones, pero no ha movilizado una voluntad política suficiente para imponerlas realmente. Por tanto, el gobierno serbio continúa con su política.

En Europa hemos visto que las instituciones regionales con bastante autoridad en el ámbito de la política exterior y de seguridad, aún no están lo suficientemente desarrolladas. La conciencia de los peligros que implicará una extensión del problema yugoslavo va en aumento. El conflicto armado que ha cobrado ya más de 100000 vidas y ha desterrado a más de 2000000 de personas, podrá extenderse todavía al territorio de la misma Serbia, en particular a la provincia del Kosovo, así como a Macedonia, con consecuencias imprevisibles para la estabilidad europea, sobre todo en los Balcanes. Y si en Sarajevo se muere la gente como ocurre día tras día desde hace meses, en Viena lo sentimos más que en las ciudades de la Comunidad. Austria se encuentra casi exactamente a la mitad de la línea entre Sarajevo y Maastricht.

Por consiguiente, el ministro de Asuntos Exteriores de Austria propone que la comunidad internacional y, sobre todo, la misma Europa, empleen medios eficientes para luchar contra este foco de peligros y por que se adopten medidas fidedignas para que se lleven a la práctica las buenas intenciones expresadas en numerosas resoluciones adoptadas por las comunidades internacionales.

El caso de Yugoslavia constituye una prueba; a saber, si Europa está evolucionando hacia aquella comunidad de seguridad que el Tratado de Maastricht contempla como uno de los objetivos de la Unión Política.

No obstante, los países del este y sureste de Europa no plantean para Europa Occidental, en primer lugar, cuestiones de la política de seguridad en su concepción clásica. Otro problema general mucho más importante es el hecho de que los separa de ésta una nueva frontera —la del malestar económico, de la pobreza, de las expectativas frustradas, un baluarte de bienestar. Esto no vale naturalmente para todos los países, porque en la inmediata vecindad de Austria, donde ya desde hace tiempo se habían preparado para el ocaso del comunismo —aunque el cataclismo se produjo de forma sorprendente—, sí existen también ejemplos de esperanza. Pero, en conjunto, hay que reconocer que la gran euforia de 1989, de la que muchos esperaban un camino corto hacia el bienestar, no se ha cumplido.

Ahora nos encontramos ante el fenómeno de que entre los países ex comunistas y Europa Occidental se manifiesta una enorme diferencia de nivel de vida, del cual se vislumbra una nueva frontera que tenemos que superar.

La reacción instintiva de algunos europeos occidentales es similar a la del Imperio Romano que en su época tardía quiso proteger su frontera septentrional contra los pueblos que avanzaban hacia allá, mediante una muralla, llamada Limes, la cual se extendía en lo que hoy es el territorio de Austria, a lo largo del Danubio; cerca de Viena se levantaba una de la más importantes ciudades fronterizas. Esta muralla romana, después de todo, resultó inútil. Los

pueblos fuera de ella, atraídos por los grandes recursos del mundo del Mediterráneo, la arrollaron. La arremetida produjo la aniquilación de Roma. Si mis conocimientos de la historia no me fallan, los romanos habían cometido el grave error de no entablar y desarrollar relaciones estables con los pueblos del norte y del este al otro lado de la muralla, relaciones que habrían emanado la esperanza de que, para el futuro, la paz valía la pena. La política romana era una política de contención.

No hay que abusar de ejemplos y analogías. Los pueblos del este y sureste de Europa son nuestros vecinos inmediatos, de civilizaciones afines y ahora obligados al mismo sistema de valores. No obstante, tal como se presentan las posibilidades económicas hoy día, resultan muy desiguales vistas a corto plazo. En el reducido espacio europeo no debe existir ningún desnivel demasiado abrupto del bienestar, de lo contrario no podrán evitarse los conflictos.

Por tanto, el Occidente sólo podrá existir formando una comunidad solidaria con sus vecinos al otro lado de esta nueva línea divisoria. Los posibles efectos prácticos de esta solidaridad, cuáles serán los mecanismos de la cooperación y de la transferencia de recursos, son el objeto de intensas reflexiones en Europa. Ya se han emprendido los primeros pasos. La CE ha firmado especiales acuerdos de asociación con algunos países ex comunistas que permitirán incluirlos en el ámbito de la integración europea. La OTAN ha creado, con el llamado NACC, un Foro de Cooperación con los países de lo que era el ámbito del Pacto de Varsovia. Todos los países sucesores de la URSS han sido admitidos en la CSCE según su deseo. Pero, queda mucho por hacer.

Mis exposiciones anteriores muestran que Europa —y con ello también Austria como parte integrante del viejo continente— se encuentra en la actualidad ante uno de los más grandes desafíos de su historia. Estoy convencido de que Austria pertenecerá en un futuro muy próximo a la "nueva Europa", es decir, a la Unión Europea, con todas las ventajas, pero también con todas las obligaciones pertinentes.

Sin embargo, ni el tema de mi ponencia, ni el contenido de mis exposiciones anteriores deben causar la impresión de un modo de ver eurocentrista. Estamos bien conscientes de que aun la atención dedicada a los grandes problemas del Tercer Mundo sigue siendo insuficiente. No por último se debe a esta preocupación el hecho de que Austria —conforme a su constante insistencia en un diálogo norte-sur— haya cooperado muy estrechamente con México con motivo de la iniciativa común de la Cumbre de Cancún de 1981. En el contexto actual, ni el desarrollo ulterior de la integración europea ni la urgente necesidad de apoyar a la nuevas democracias del este de Europa,

podrán justificar una política falta de sensibilidad y de desinterés frente a las necesidades y expectativas de otros continentes. En el programa del gobierno austriaco se lee al respecto, entre otras cosas, lo siguiente en forma resumida: "... la atención especial dedicada al cambio en nuestra vecindad no debe producir ni producirá la situación de que la orientación global de la política exterior de Austria pase por ello a un segundo plano".

Uno de los objetivos de mi viaje a México es subrayar el interés austriaco por el mundo latinoamericano y, en particular, por México.

Pues bien, en lo que concierne especialmente a América Latina, habrá que decir en principio, que a los temores, expresados a veces, de que en el futuro haya de contarse con que el interés de Europa por Latinoamérica irá en disminución, puede objetarse una serie de argumentos. Aparte de unas estrechas relaciones entre las civilizaciones y las afinidades culturales, hay sobre todo una serie de valores e intereses comunes que componen los enfoques para que la solidaridad intercontinental permanezca también en el futuro: los valores básicos de la democracia y de los derechos humanos, la preocupación común por la protección del medio ambiente, la conservación de las selvas tropicales, la lucha contra la delincuencia relacionada con la droga y el terrorismo, así como la participación en el proceso de paz y en los esfuerzos de reconstrucción en América Central, constituyen sólo algunos de los puntos de partida que ofrecen múltiples posibilidades para ampliar la concentración y cooperación entre las partes. Asimismo, en el área de las relaciones comerciales, una aumentada capacidad de importación de la futura Europa integrada resulta prometedora en cuanto a perspectivas realistas de una creciente intensificación de la cooperación económica con América Latina.

En todo caso, al mantener su actitud fundamental en esta región, Austria seguirá abogando dentro de sus posibilidades por el desarrollo de la democracia pluralista y el estado de derecho, el cumplimiento de los derechos humanos y las libertades fundamentales, como objetivos esenciales de su política exterior. Austria celebra todas aquellas medidas cuya meta es el desarrollo paulatino sobre esta base de economías del mercado, orientadas hacia el crecimiento, socialmente estables y competitivas. Sin duda alguna, los crecientes impulsos de una integración económica en América que se han observado últimamente, favorecen los esfuerzos de sanear la economía de Latinoamérica. En todo caso, Austria seguirá aspirando a una paulatina ampliación de sus relaciones con esta región, mediante una cooperación lo más polifacética posible. Con este objetivo Austria persigue, respecto al dinámico potencial de desarrollo de América Latina, por un lado su sano interés propio y, por otro, contribuir también sobre una base de colaboración

al desarrollo de incipientes sociedades democráticas, sólidas y dignas de la humanidad.

En este contexto, quisiera mencionar que Austria será el anfitrión de la gran Conferencia de las Naciones Unidas sobre Derechos Humanos que se celebrará en Viena, en junio de 1993. Esta conferencia se propone promover progresos en el campo de los derechos humanos y ocuparse de la relación entre el desarrollo, la democracia y la aplicación universal de estos derechos, así como mejorar la eficacia de las actividades y los mecanismos de las Naciones Unidas en este ámbito.

Para concluir, quisiera resumir que vivimos otra vez en un mundo muy complejo y lleno de nuevos peligros. Si bien es cierto que la situación internacional parecía más fácil de comprender, en algunos aspectos, en la época de la gran tensión entre el este y el oeste, se había vuelto, al mismo tiempo, mucho más peligrosa por la amenaza de una gran guerra nuclear. Basta pensar en la crisis de Cuba en 1962. Sin embargo, tenemos que felicitarnos por los cambios profundos que se han dado después de 1989. La democracia, la libertad, el respeto a los derechos humanos y la dignidad de los individuos han hecho grandes progresos en muchas partes del mundo, América Latina inclusive. Debemos seguir este camino todos juntos, y crear al mismo tiempo las condiciones que conduzcan a una mejoría de la situación económica. Hay que luchar contra la pobreza, el hambre, las enfermedades, la ignorancia y el deterioro del medio ambiente. Para lograr estos objetivos, hará falta la solidaridad de todos los estados, de todos los pueblos. Los problemas en cuestión traspasan cualquier frontera, y ningún gobierno podrá solucionarlos sólo. La integración económica y política representa un medio trascendente para resolver en común estos problemas. En Europa, la base para esta integración es la Comunidad Europea, la futura Unión Europea que se deberá ampliar y profundizar al mismo tiempo. Pero, se requerirá asimismo la solidaridad y la cooperación entre los continentes, en particular entre Europa y América Latina. La probada amistad de Austria y México—este gran país que nosotros queremos y admiramos mucho— podrá fortalecer esta solidaridad. Austria está en la mejor disposición de aportar su contribución.
